

## Entrevista con Elena Poniatowska

Reina Roffé

*–Empecemos, si le parece, con algunos datos biográficos. Usted nació en París, es hija de un noble polaco, Jozef Poniatowski, y de Paula Amor, francesa de padres mexicanos. En 1942 se radica en México y ya no abandona ese país más que para realizar estudios, viajes o cumplir con los compromisos de trabajo. ¿Acaso México es su lugar en el mundo?*

–Nací en París, sí, pero a los 9 años me radiqué en México y me naturalicé mexicana en 1969. Llegamos a México huyendo de la Segunda Guerra Mundial. A causa de la guerra tardé años en volver a ver a mi padre. La ciudad de México todavía era pequeña cuando fuimos a vivir allí. No sé exactamente qué sentí, pero recuerdo que me impresionó el sol, la luz, la gente. México es, al mismo tiempo (quizá por ser un país de fuertes contrastes), violento, avasallador; suscita emociones fuertes, además de ser entrañable, muy querido. Por eso, no resulta azaroso que tantas personalidades de diferentes partes del mundo hayan vivido sus exilios allí o se hayan quedado para siempre.

*–Usted misma contó que en el año 1953, cuando se inicia en el periodismo, realizó 365 entrevistas, una diaria. Era muy joven y le preguntó al pintor y muralista Diego Rivera si los dientes que había pintado eran de leche, y él le respondió: «Sí, y con ellos me como a las niñas».*

–Yo empecé con mucha pasión haciendo periodismo, pero a veces no sabía a quién entrevistaba ni qué había hecho la gente entrevistada por mí. Había estudiado en un convento de monjas en Estados Unidos, venía de ahí, y fue eso lo que me impresionó de Diego Rivera, porque nunca había visto una pintura suya. Además, en mi familia, a Diego Rivera lo consideraban un enemigo, porque había pintado desnuda a Pita (Guadalupe) Amor, que es mi tía. Entonces, siempre hacían una gran tragedia de esta historia en mi casa.

–¿La entrevista es más que un género periodístico para usted?

–Hay entrevistas diversas. Algunas se realizan con la finalidad de obtener noticias, pero están las que sirven para hacer perfiles literarios, para retratar personajes a través de sus respuestas y también a través de narrar su entorno. Captar la esencia de una voz y la verdad más íntima de un personaje, ya sea público o anónimo, es hacer literatura más que periodismo, ¿no?

–*En términos generales, su obra parece no respetar jerarquías estrictas, porque hasta en sus libros de ficción conviven la entrevista, el reportaje, la crónica de denuncia, la crítica cultural, la historia. ¿Se corresponde esto con una fuerte voluntad de decir ciertas cosas de manera clara y directa, y con la urgencia de que aflore la verdad de una situación, ya sea individual o colectiva?*

–Casi todos los autores escriben a partir de una realidad y utilizan también la entrevista, la crónica, todo eso en sus novelas. Cuando Truman Capote escribió a *Sangre fría* hizo una literatura testimonial, porque escribió a partir de las voces de la gente que entrevistó, y creo que nunca se sintió ofendido porque lo llamaran escritor testimonial. Sí, conviven varios estilos y maneras de escribir en mi obra.

–¿De dónde proviene este impulso de registrar la realidad?

–Bueno, siempre he querido ser útil. Que se sepa lo que ocurrió y sucede en un lugar, en un país, me parece importante. Además, yo soy periodista, he hecho muchísimo periodismo a lo largo de mi vida y esta experiencia de trabajo la he vertido en la novela. Empleo la crónica, la entrevista y todas las formas que, en cada momento, en cada proyecto, siento que me ayudan a expresar lo que quiero decir.

–*En sus libros, usted da presencia a quien habitualmente no la tiene en los asuntos importantes de una sociedad, de un país: mujeres, marginados, desposeídos, seres humildes. Por ejemplo, en Todo empezó el domingo registra los testimonios de la actividad de los pobres y, para ello, sale acompañada por el dibujante Alberto Beltrán. ¿Cómo surgió la idea?*

–Era tratar de reflejar lo que hacía la gente pobre los domingos. Entonces, yo iba a las ferias populares, a la Villa de Guadalupe, a diversos san-

tuarios (como uno de los Remedios), al fútbol (pero el que se hacía en los Llanos, el que jugaban los llaneros, los futbolistas más pobres), entrevistaba a la gente que estaba por ahí, me fijaba en cómo eran, en lo que estaba sucediendo, entonces hacía una crónica que iba acompañada por los dibujos de Alberto Beltrán.

*–En otras palabras, usted escribe sobre aquellos que no figuran en la historia con mayúscula.*

–Yo creo que son los grandes personajes de la historia, simplemente que nunca son tomados en cuenta.

*–En Domingo siete, que se publica en 1980, usted reúne siete entrevistas a los candidatos a la Presidencia de México. Las preguntas parecen ingenuas, pero surten un efecto detonador, que da como resultado el perfil de cada uno de los personajes y del país en aquellos años. ¿Qué hace cuando entrevista a los políticos, prepara un cuestionario, improvisa, pregunta lo que usted supone despierta interés en los intelectuales o en la gente normal y corriente?*

–De esas entrevistas hace muchísimos años, porque el candidato era Miguel de la Madrid. A partir de cierto momento, yo ya preparaba las preguntas. Además de hacerles preguntas y extraer información que suponía válida para todo el mundo, también describía cómo eran los candidatos físicamente, cómo era su ambiente, la gente que entraba y salía de las oficinas. Pero yo siempre he huido de los políticos y ellos de mí también, era muy impertinente. Qué preguntas tan impertinentes las de Poniatowska, decían. Por eso, en las redacciones de los medios preferían mantenerme apartada de la actualidad política. Es que yo a los políticos acusados de corrupción iba y les preguntaba si era verdad lo que se decía: ¿Es verdad que usted es un ladrón?, y así.

*–En ¡Ay vida, no me mereces! usted hace una especie de lectura de sus contemporáneos mexicanos: Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Rulfo, Parménides García Saldaña, José Agustín, entre otros. ¿Qué hay detrás de un título tan llamativo?*

–Nada. Son crónicas que se publicaron en diversos medios de comunicación y que, luego, reuní en un libro, quizá me lo pidió la editorial. Y le puse ¡Ay vida, no me mereces!, porque ese es un grito, una canción. Además,

también se refiere a ciertos intelectuales, cómo son de presumidos, a ese tipo de cosas.

–¿Quién era o es el más presumido de estos escritores mencionados?

–Bueno, eso sería difícil decir. Pero el más rencoroso de todos era Juan Rulfo.

–¿Porque no escribió más que dos libros de ficción?

–No, porque era un hombre que siempre pensaba que los demás le deseaban el mal.

–¿Era supersticioso?

–No, no era supersticioso. Sólo que tenía esa actitud de desconfianza y de rencor.

–¿Hacia la vida misma?

–Hacia la vida misma y hacia los demás.

–¿Tal vez fue eso lo que le impidió seguir escribiendo?

–No, yo creo que él escribió dos libros perfectos, buenísimos, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, y que no tuvo necesidad de escribir más.

–De esos escritores que figuran en su libro, uno de los más jóvenes es José Agustín.

–Claro, y muy lindo escritor, escribió una novela excelente que se llama *Se está haciendo tarde*.

–*La matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en 1968, la lleva a escribir La noche de Tlatelolco, crónica basada en testimonios que dan cuenta de estados de represión y extrema violencia. Otra vez habla usted con la voz de las víctimas.*

–No podía hacer otra cosa. Es obvio que me identifico con las víctimas, aunque yo no me siento víctima para nada, pero hay cosas que me indig-